

MIGUEL CATALÁN: *EL PRESTIGIO DE LA LEJANÍA. ILUSIÓN, AUTOENGAÑO Y UTOPIA. SEUDOLOGÍA I*, EDITORIAL VERBUM, 2^a EDIC. MADRID 2014, 263 PÁGINAS.

RAQUEL DÍAZ SEIJAS¹

Universidade da Coruña

Ha salido ya a las librerías la segunda edición, corregida y ampliada, del libro *El prestigio de la lejanía. Ilusión, autoengaño y utopía* del profesor Miguel Catalán. Se trata del primer volumen del tratado de Seudología, que reúne ya cinco volúmenes publicados y que el autor tiene previsto sean veintidós. Los cinco primeros volúmenes indagan las huellas del engaño en dominios de la psicología, la antropología, la metafísica, la mitología y la religión; y el quinto concluye el dominio teológico y el sexto se ocupa de la ética de la verdad y la mentira. El autor aborda en estos momentos los cinco siguientes volúmenes, del séptimo al undécimo, que versarán sobre la mentira política.

Gracias a la enorme acogida del proyecto de Seudología, se están reeditando los primeros cinco volúmenes, por los que el autor ha sido galardonado en varias ocasiones y por los que sigue cosechando éxitos: El cuarto volumen, *Seudología IV La creación burlada*, ha sido Premio de la Crítica Valenciana en 2013. El sexto volumen, *Seudología VI Ética de la verdad y de la mentira*, todavía inédito, acaba de hacerse con el Premio Juan Andrés 2014 de Ensayo e Investigación en Ciencias Humanas. *El prestigio de la lejanía*, primer volumen reeditado e inicio del proyecto, en su primera edición de 1998, a los dos meses de su nacimiento, recibió el Premio Internacional de Ensayo Juan Gil-Albert. Es este primer volumen el que vamos a presentar:

Si todo análisis de los comportamientos humanos debe comenzar por la reflexión sobre uno mismo, Miguel Catalán nos advierte en

1 Este trabajo ha sido elaborado en el marco del proyecto MINECO 2012 del Gobierno de España, ref. FFI2012-31209.

este primer tomo que *El prestigio de la lejanía* no ha sido escrito tanto para ser leído como para que el lector lea dentro de sí. El estudio de la mentira comienza, según su advertencia, ocupándose de las diversas formas que cada uno de nosotros emplea para engañarse a sí mismo. Las estrategias psíquicas del autoengaño nos llevarán, a través de los tres primeros capítulos del libro, a comprender las decisiones que idealizan el pasado, los ensueños egocéntricos y las fantasías de poder y venganza. Una vez comprendida la táctica compensatoria de nuestro ego, una vez comprendida la operación del autoengaño a través de una especie de economía afectiva del individuo consigo mismo, donde el balance *trucado a priori* ha de resultar siempre positivo para nuestro haber, estaremos preparados para abordar los capítulos cuarto al séptimo, es decir, la segunda parte del libro: el desenmascaramiento de las fantasías de poder y venganza, así como de los relatos egocéntricos de compensación que darán paso a un análisis concienzudo de las narraciones utópicas.

El autor dedica el primer capítulo al estudio del autoengaño como función psíquica de autodefensa del yo para finalizar justificando el fantaseo compensatorio:

Es habitual utilizar atajos emocionales para encarar las realidades más dolorosas, y ya se hizo eco de ello desde la fabulística de Esopo. Recordemos, nos dice Miguel Catalán, a la zorra hambrienta ante las uvas inalcanzables: a veces, cuando el sufrimiento o la frustración nos sobrepasan, se cae en la tentación de eludir la costosa tarea de cambiar la realidad y se opta a cambio por la de transfigurarla, valiéndonos de la imaginación, en una realidad psicológica más placentera. Al pensar -como la zorra ante las uvas- “no importa, aún no estaban maduras”, el autor nos hace ver cómo estamos poniendo en marcha la función (interna, *espiritual*) que desempeña la operación del autoengaño, en la economía afectiva del individuo. También el refrán popular “quien no se consuela es porque no quiere” da cuenta de esta actitud donde el elemento afectivo va ganando al intelectual hasta producir la conversión cognitiva, donde primará el querer sobre el saber, e incluso sobre el poder, como veremos en las utopías, ejemplificadas en Tomás Moro, Campanella, Cabet y tantos otros.

La autopersuasión en favor de la ignorancia responde al contraste universal entre la realidad y el deseo. John Stuart Mill en su *Diario* (Alianza, 1993, pág. 27) ha definido la esencia psicológica de esta *libido ignorandi* aplicada a los contenidos mentales: “[una ilusión] consiste en extraer de un concepto que se sabe que no es verdade-

ro, pero que es mejor que la verdad, el mismo beneficio para los sentimientos que se derivaría de dicha concepción si esta fuera una realidad". Si bien es cierto que la estabilidad emocional puede depender de una creencia motivada por el interés, también lo es que, la presión de las condiciones de la vida, puede llevar a un hombre veraz a convertirse en un ilusionista. En la mitología, en las novelas, en las narraciones históricas, en la antropología, encontramos no buscadores de la verdad en el desorden de los hechos, sino buscadores de bienestar que se engañan a sí mismos de forma muy semejante al mago ilusionista para su público. Miguel Catalán nos dice que Amélie Rorty en "*User-Friendly Self-Deception*" describe este atajo emocional que trata de alejar nuestra atención del lugar donde está produciéndose el truco, y de llevarla a otro lugar donde *en realidad* nada sucede; si el mago da el *cambiaz*o con su mano derecha, será la izquierda la que se agite. El autoengaño actúa del mismo modo, y Miguel Catalán nos los demuestra con situaciones para todos familiares. Así las madres suelen atribuir las trastadas de sus hijos a las malas compañías. La pregunta elemental de si no puede su hijo ser a su vez una mala compañía para algún otro muchacho supondría, de ser formulada, no sólo una insolente interrupción de la *performance* del mago, sino una ofensa imperdonable: las malas compañías son ajenas por definición. En este oscurecimiento de ciertas zonas de atención consiste la maniobra mental de autoengaño. El ejemplo escogido por Miguel Catalán me recuerda el famoso dilema de Piaget en que se le pregunta a una niña de seis años si ella tiene una hermana, al responder que sí, la segunda pregunta sobre si su hermana tiene alguna hermana le complica las cosas, respondiendo que no, mantiene que su hermana no tiene ninguna hermana. Ese egoísmo infantil cognitivo también estará presente en el autoengaño de los adultos, pero para analizarlo tendremos que esperar a los siguientes volúmenes ya publicados de Seudología.

En uno de los primeros pasos del estudio de la seudología, el autor también nos advierte de que examinarnos cada día a nosotros mismos desde una perspectiva exterior o imparcial llevaría, en el caso de que fuera factible, a una peligrosa *vida a la intemperie*. Un permanente autoexamen crítico, como el practican algunos enfermos depresivos, implicaría por necesidad una especie de interminable procesión flagelante de heridas siempre abiertas y escarbadas. El filósofo Thomas Nagel (*Una visión de ningún lugar*, pág.307) ha aventurado al respecto una aparente paradoja práctica no exenta de

crudeza: “Al vernos a nosotros mismos desde fuera nos parece difícil tomar en serio nuestra vida”. De ahí la imagen mejorada que cada uno de nosotros se forja de sí mismo, y de ahí también que resulten tan maravillosamente ingeniosos, nos dice Miguel Catalán, los métodos empleados para saberse mejor que los demás. El error cognitivo en favor de uno mismo se encuentra asimismo en la base de otra tendencia general, cual es la de percibir los defectos ajenos con mayor nitidez que los propios. Todo hace pensar que este optimismo cognitivo es el resultado de una larga historia filogenética de adaptación y supervivencia.

Pero dándole otra vuelta más al poliedro del autoengaño, otra de las caras que nos presenta Miguel Catalán refleja un autoengaño que puede resultar contraproducente: cuando la ignorancia actúa contra el propio sujeto con ilusiones egocéntricas que le impiden aprender de la experiencia. De tal forma, un buen número de personas incompetentes son incapaces de darse cuenta de que son incompetentes debido a su incompetencia. Lo vemos claramente expuesto en la osadía del ignorante. De forma paradójica, nos dice el autor, pero no contradictoria, conocer nuestra propia incompetencia nos hace más competentes, en una retroalimentación vedada a los incompetentes.

Otro aspecto negativo del autoengaño, que se menciona de paso en el ensayo pero que no es su eje central, sucede cuando la adversidad que se pretendía soslayar causa un daño crónico o duradero, como sucede con las dependencias y adicciones. Algo semejante ocurre con el efecto placebo.

En un gran número de casos, sin embargo, el autoengaño presta indefinidamente sus servicios estabilizadores, y a su análisis se dedican los estudios incorporados en la Seudología de Miguel Catalán. Aunque existen algunas formas patológicas de vivir las propias mentiras, las más se limitan a seguir la regla general de protección de la autoestima. Al autor nos muestra cómo el caudal del lenguaje cotidiano refleja la diferencia entre la dosis necesaria del autoengaño y otra que rebasa su medida: no es lo mismo tener ilusión que ser un iluso; y tampoco es lo mismo tener ilusiones que vivir de ilusiones. Lo primero es no solo lo adecuado, sino bueno, y pretender extirpar la ilusión porque existen ilusos que atentan contra sí mismos viene a ser como censurar la confianza en sí mismo debido a la existencia del exceso de confianza. Al respecto, Miguel Catalán nos enumera muchísimos ejemplos (muerte de seres queridos, nuestro propia sensación de vejez, nuestra estima social...) donde los tipos

de ilusiones resultan tan necesarios como beneficiosos, y por ese motivo todo el mundo los practica a todas horas ante las adversidades más variadas; de hecho, quien no cree engañarse nunca es quien suele hacerlo con mayor eficacia. Como advirtió Bulwer-Lytton, nos dice Miguel Catalán, la persona más fácil de engañar es el propio yo. Y por anodina que pueda resultar la vida de un adulto en comparación con los grandes proyectos que se trazara en su infancia y adolescencia, la firme esperanza en que un golpe del destino lo vaya a convertir de pronto en el héroe que una vez soñara no lo abandonará del todo en ningún momento; retoma Miguel Catalán a Willian Hazlitt, para decirnos que las primeras esperanzas constituyen las últimas decepciones.

El segundo capítulo trata el prestigio de la lejanía y el autoengaño en relación con el ideal del pasado canónico. Se trata, nos dice el autor, de iluminar los caminos de la ilusión compensatoria, ilustrando la tendencia moderna y contemporánea a echar de menos lo que nunca existió. La nostalgia por una Edad de Oro mítica deriva de la añoranza por una niñez inexistente. Conforme pasa el tiempo, tendemos a dotar nuestra infancia de cualidades más y más positivas que sólo obedecen al poder de la imaginación sobre la memoria. Los conocidos versos de Manrique “cualquier tiempo pasado / fue mejor” unen la añoranza del origen biográfico a las nostalgias del histórico. Ambos obedecen al mismo impulso de mitificación de la infancia.

Miguel Catalán lleva su análisis más allá. No sólo atribuimos al pasado remoto la grandeza estética, sino también espiritual; así lo demuestra al menos el pretendido arcano del pecado original. Cuando en otro tiempo algún feligrés preguntaba por qué habría él de pagar las debilidades del primer padre, se le respondía desde el púlpito o la cátedra que el relato del *Génesis* no instruye sobre deberes civiles, sino sobre la naturaleza profunda del ser humano. El *quiz* de la cuestión reside en el hecho de que los antiguos hebreos creían que las culpas de los padres eran heredadas por los hijos y nietos. El aparente misterio del pecado original está basado en una simple superstición. El autor nos relata como esa creencia hizo que siglos después eruditos de La Sorbona aprobaran el bautismo *in utero* cuando corría peligro la vida del feto, una operación consistente en introducir agua bendita con una jeringa en el útero de la embarazada. En su condición de gran calado que habla a todos los hombres aún antes

de nacer, el pecado original ya regía la vida del cristianismo en el vientre de su madre.

El tercer capítulo estudia el prestigio de la lejanía geográfica y cultural, al centrarse en el prestigio de los países lejanos. La exaltación de la lejanía en el tiempo y el espacio obedecen a un impulso compensatorio de carácter centrífugo que huye de la realidad circundante para irradiarse hacia lo remoto. La huida, y no la búsqueda, es lo que cuenta al buscar.

Los relatos fantasiosos de viajeros reales o fingidos ya aparecen en la Antigüedad. Posteriormente, en los siglos XVII y XVIII las invenciones topológicas de, entre otros, el hugonote Misson, llegaron a ser tan convincentes que pasaron a las cartas de navegación y perduraron durante centurias orientando-desorientando a los marinos. Miguel Catalán constata que en el siglo XVI las exageraciones y falsedades de los viajeros eran tan corrientes que cuando estos publicaban sus recuerdos ultramarinos solían prefiar el epíteto de “verdadero” a los títulos de sus obras con el fin de hacerlas más creíbles. Por otra parte, también analiza el autor el impacto e influjo de la noticia del descubrimiento de América, que despertó en la Europa letrada la imagen del Paraíso o del Reino de Dios en la tierra. Pero además, añade a su estudio la mitificación contraria, la de los indios hacia los europeos; aquella creencia indígena en la epifanía de los dioses españoles, a la que le seguirá el desencanto a hierro y fuego.

El autor se detiene aquí especialmente en la paradisificación del Océano Pacífico, urdida en el siglo XVIII, la *mentira tahitiana*, ejemplificada en la vida de Paul Gauguin, viene a añadirse a los efectos del mito de la naturaleza y del buen salvaje que prosperaron sobre todo en Francia durante la cultura ilustrada al abrigo de las plumas de Montesquieu, Diderot y Rousseau, entre otros.

La ilusión oceánica de los Mares del Sur sigue engañando a los varones europeos que se dejan embaucar también por los carteles gráficos de las agencias de viajes vendiendo visitas al Paraíso con adolescentes semidesnudas y playas vírgenes listas para acoger al viajero. El prestigio de la lejanía sigue gozando de buena salud.

Pero Miguel Catalán no sólo analiza el prestigio de la lejanía en el espacio, sino también en el tiempo. La añoranza del pasado, que aflora ya por doquier en el primer romanticismo, se desdobló en dos direcciones. En primer lugar, en la atracción a lo medieval remoto: el gusto por lo gótico, la afición a la espada y la tumba, el heroico pasado nacional, la novela histórica, el modelo de Walter Scott y su

serie sobre Waverley, la voluptuosidad de las ruinas y monasterios, su remembranza en la Baladas líricas de Wordsworth y Corelidge o en *El castillo de Otranto* de Walpole... Miguel Catalán incide en que cuando alguien pide con insistencia ser engañado siempre termina dando un paso al frente algún voluntario que sale ganando con la impostura. En segundo lugar, la añoranza del pasado dio cobijo a la exaltación de lo helénico: la historiografía y la filología germanas, el *Hyperion* de Hölderlin.

“¡Pobre realidad, nadie te quiere!” nos sentimos tentados a exclamar. El autor nos dice que en tanto el juicio de la razón divide y analiza, considerando el objeto a partir de la separación de sus partes constituyentes, el juicio sentimental toma el objeto como una totalidad impenetrable que evoca el *todo o nada* bioquímico de las emociones. Los románticos exigieron no juicio, sino pasión; no verdad, sino belleza; y al sustituir el crédito de la acción por el de la fantasía, establecieron la conexión lógica entre belleza poética y orden utópico. En este camino del autoengaño, los capítulos cuarto al sexto visitan aquellos deslumbrantes escenarios de la dicha ajena que una vez fueron materializados por la válvula de escape de los relatos de compensación.

El cuarto capítulo está dedicado a la evolución seudológica de la fantasía de poder y venganza al relato egocéntrico. Para Miguel Catalán las reconstrucciones que invierten el sentido del agravio y dan rienda suelta a la impotencia ante la realidad hasta convertirla en la omnipotencia de la imaginación se producen con gran frecuencia entre todo tipo de personas, también las más pacíficas, y después de todo tipo de situaciones dolorosas o humillantes; su carácter vergonzante, secreto e intimísimo hace sin embargo que cada uno se tenga por el único gozador de tales contenidos de poder y grandeza.

Examinando los orígenes psicológicos del fantaseo utópico podremos comprender mejor los principales vínculos entre compensación y literatura, donde la fantasía es expuesta al público, en forma de relato o descripción, para que todos participen de lo que debió haber sido –en lugar de lo que fue–, siquiera bajo la forma oblicua de lo poético y lo literario. El autor de la fantasía se *proyectará* como su protagonista, investido de valores positivos, en tanto el causante de la derrota (real) aparecerá vencido o vejado. Si queremos interpretar con garantías las piezas del resarcimiento literario debemos antes comprender que el *malo*, el avasallador en la vida real, debe quedar por fuerza excluido del goce producido por el ensueño. Es

más, nos dice Miguel Catalán: el goce que experimenta el soñador se nutre del dolor de aquel. Aquí radica la naturaleza segregadora de las obras narrativas compensatorias, que serán siempre *documentos de salvación excluyente*.

A partir de estas líneas, el autor dedica el capítulo quinto a los antecedentes de la utopía, examinando algunas prefiguraciones escritas de lo utópico que permiten comprender mejor sus conexiones funcionales con la restauración virtual de una autoestima dañada. Y si hasta aquí, nos dice Miguel Catalán, habíamos apreciado la negación compensatoria que prestigia lo lejano, la refinada complacencia estética y sentimental derivada de una alternativa a la dura realidad, a partir de ahora nos las vamos a ver con una auténtica espiritualización de la derrota, con un fantaseo hecho público que reescribe la desdicha del pasado hasta ponerla del revés para contemplarla así con un placer más intenso.

Alejándonos por un momento del ensayo de Seudología, Ferrater Mora explica en su *Diccionario de Filosofía* que los ideales utópicos no son inocentes, pues gracias al pensamiento utópico se pueden crear condiciones para la reforma social. Si bien no es exactamente lo mismo que expuso J. Sender cuando dijo que no es no es banal vivir en las nubes, pues es en ese precioso lugar donde se generan las más grandes tormentas, creo que algo se asemejan ambas reflexiones. Nadie discute que toda fábula puede conllevar una buena moraleja, o hacernos reflexionar y transformar lo que no nos agrada. Sin embargo, es cierto que el relato utópico, tal como nos dice Miguel Catalán, viene causado por la desdicha, la amargura y la conciencia de derrota o fracaso integral, sólo una fabulación de venganza escrita podrá exterminar a sus causantes. El centro de la voluntad utópica, nos recuerda el autor, trayendo a colación a Paul Ricoeur, no pretende tanto crear un orden nuevo cuanto destruir el orden presente. Destrucción simbólica, recalca el profesor Miguel Catalán.

Las profecías de venganza se dan en todas las comunidades que hayan sido sometidas a una larga humillación. Por eso el profetismo presenta en sus ensoñaciones de rehabilitación comunitaria seis caracteres estructurales y funcionales, a los que el autor dedica las siguientes páginas del ensayo y que ya ha advertido previamente de su presencia en las fantasías que ejemplifican los primeros capítulos del ensayo. Para empezar, destacan las dos formas básicas de inversión de todo fantaseo compensatorio: la *inversión como sujeto y objeto* y la *inversión del valor*. Asimismo, el acento de la visión se

pondrá sobre la venganza destructiva; la justicia, que será administrada con *minuciosidad*. Por último, el autor admitirá que le produce *placer* y *gozo* ya el solo hecho de imaginar los sucesos tan vívidos del futuro. Se trata del gozo en la desgracia de los *malos* como paso previo a la bienaventuranza de los *buenos*. Miguel Catalán nos lleva desde las fantasías de poder primigenias hasta el relato utópico como tal, explicándonos como en todas estas fantasías de poder y venganza del profetismo se proyectaba el dualismo moral; reproduciendo el modelo freudiano de la división entre buenos y malos de las narraciones egocéntricas, si por ejemplo, quien triunfaba en la historia era la prostituta Babilonia, quien lo hacía en el espíritu era la santa Jerusalén. El regodeo agustiniano de los santos era el mal ajeno –una paradoja moral y casi una contradicción en los términos que, como relata el autor, sólo puede explicarse desde el enfoque de venganza simbólica como fase previa a la satisfacción mental– sigue la pauta de *Isaías*.

Si la secuencia vengativa que ordena el sufrimiento ajeno del malo antes de la felicidad del bueno se respeta en San Agustín, seguimos avanzando para ver que el tercer hijo histórico de la literatura compensatoria hunde su base una obra maestra del resentimiento trascendente y la fantasía de la inversión que es la *Divina Comedia*, sobre todo, en el *Infierno*. No careció Dante de precedentes para su contrapaso, y todo hace pensar que nos encontramos ante una de las formas más antiguas de escarmiento. Pero *La Comedia*, nos explica Miguel Catalán, no es un documento utópico debido al mismo principio aplicable a *La Ciudad de Dios*: sus autores respectivos, Dante y San Agustín, tienen la seguridad de que la inversión nos aguarda tras la primera esquina del futuro ultramundano; su fe trascendente es tan robusta que no precisa levantar paraísos paralelos contemporáneos. La paz y justa restitución sólo se obtienen emprendiendo la estrategia interior *sub specie aeternitatis*: el problema es la historia; su solución, la eternidad.

Avanzamos en el ensayo de Seudología comprobando que las técnicas de la inversión valorativa y subjetiva se reproducirán en el utopismo, al igual que tres de las condiciones ideológicas que Miguel Catalán ha detectado en los distintos mojonos de la tradición literaria compensatoria: en primer lugar, el dualismo metafísico y moral, es decir, la creencia en dos esferas de la realidad perpetuamente enfrentadas; una ultramundana, eterna, real, beata, la otra mundana, pasajera, engañosa y perversa; en segundo lugar, la justificación del

fracaso mediante la inserción del sujeto narrador en el dominio de la primera esfera, a la que pertenece por derecho, en contraste con otros que reinan por usurpación en la esfera mundana; y por último, el pesimismo moral, es decir, la convicción de que resulta imposible cumplir nuestros anhelos en este mundo pues la desgracia es irrevocable, y de que sólo en el más allá podrá triunfar alguna vez el bien. Pero por otra parte, hay una innovación del utopismo que se concentra en el hecho de que la secularización renacentista que lo concibe no permite ya tales ejercicios de consolidación son bajo la forma de un camino –contemporáneo– paralelo: el camino de la utopía. Para Miguel Catalán, el gran atractivo y la función principal del relato utópico consiste precisamente en la contemplación de una situación invertida teñida de resentimiento respecto a la realidad social del ensoñador utópico. A través del artificio literario, la utopía es aquella ficción narrativa que presenta una sociedad ideal.

Entramos de este modo en el quinto capítulo del ensayo de Seudología, dedicado a la utopía literaria como forma narrativa de fantaseo compensatorio. En estas líneas, Miguel Catalán analiza de forma escrupulosa las obras más representativas de la tradición literaria utópica después de enmarcarlas en el momento histórico y biográfico que favoreció su concepción.

Alejándonos de nuevo del ensayo de Miguel Catalán, pero para seguirle en su argumento, no está de más citar a Maquiavelo, autor del Renacimiento, escribe en *El príncipe*, capítulo XV: “*Muchos se han imaginado repúblicas y principados que nadie ha vista jamás ni se ha sabido que existieran realmente; porque hay tanta distancia en cómo se vive a cómo se debiera vivir*”. El autor de Seudología nos dice que debemos distinguir en primer lugar entre la utopía literaria como obra escrita y la utopía literaria como hecho psíquico. La primera es siempre y en primer caso una consecuencia de la segunda, por lo que se hace necesario para comprender los textos utópicos, comprender previamente qué significa el hecho mismo de ponerse a escribir una utopía: estas ficciones crecen siempre alrededor de un fantaseo reactivo del autor que en un momento de crisis o decadencia crea por compensación el espectáculo mental de una sociedad perfecta. El autor utópico no pretende cumplir su fantasía en la realidad, parte de tal imposibilidad y le basta con el desahogo del sueño alternativo. Otros serán los que vendrán y verán en las utopías mimbres para las reformas, pero no será el autor de la misma,

que parte siempre de una pluma que escribe motivada por la queja de la distancia insalvable entre cómo se vive y como se debiera vivir.

Según la hipótesis de Miguel Catalán, el fantaseo utópico se llevará a cabo en momentos de disgregación y depresión social, preferentemente cuando el autor haya perdido las esperanzas del cumplimiento personal, y público, que tuvo en algún momento de su pasado. La condición inicial del fantaseo escrito será la de una reacción interna al sentimiento de fracaso y derrota. Fantaseo, que una vez más, como ha analizado en los contrapastos, tendrá un carácter más o menos oculto de autoglorificación. Su atisbo de felicidad no será universal, sino excluyente, vivida sólo por los *buenos* del fantaseo y negada por los *malos*. Entre los primeros se instalará siempre el autor como demiurgo novelesco de la sociedad fantástica; los segundos, los *malos*, forman siempre parte de la sociedad real (que por no ser fantástica es imperfecta).

Si Platón y Tomás Moro son los fundadores del pensamiento utópico, Miguel Catalán advierte un salto cualitativo importante entre ambos filósofos, fruto de la evolución histórica. El primero crea la mentalidad utópica en lo que atañe al contenido antidemocrático de las instituciones y a la construcción racionalista de una sociedad ideal; pero será Moro quien inaugura la forma literaria que todos conocemos y presenta la alternativa concreta a los cambios en la economía y en la política que *más adelante* darán origen a nuestra sociedad actual. La pregunta que debemos hacernos se refiere a la utopía literaria como hecho psíquico: Miguel Catalán se pregunta por qué surge la tradición literaria utópica en el Renacimiento. Se ha debido a la pérdida de fe en el orden trascendente cristiano, la calamidad colectiva que supuso la gran depresión agraria del siglo XIV, así como la ruina del sistema feudal y el inconformismo de la plebe urbana: el fin inevitable de todo un mundo y el dolor que acarreó a quienes habían vivido el viejo orden cesaropapista. Platón describe un ideal en la República, pero se limita a decir, que la vida en Grecia no es así. Tomás Moro, por el contrario, se da cuenta de que necesita enfrentar la realidad al ideal, para darle mayor crudeza a la distancia entre, como decía Maquiavelo, cómo se vive y cómo se debería vivir... pero igualando en la comparación las dos realidades como si fueran ambas igual de reales y existentes. El propio Moro, nos dice el autor de Seudología, advierte que la diferencia entre la utopía platónica y la suya radica en que aquella teorizaba la vida buena, mientras que en ésta nos *sentimos* viviendo en ella. Pero no

es casual que los dos creadores del género, Platón y Moro, aúnen el vehemente deseo de la realización de su fantasía con plena conciencia de su inviabilidad; la vocación de suplantación y de autoengaño del proyecto utopiano, es, precisamente, lo que le ha dado un lugar privilegiado en esta historia de la Seudología. Es la antropología de la mentira, el contrapaso que mitiga el dolor propio, lo que nos interesa resaltar.

El objetivo del análisis de Miguel Catalán se mueve a lo largo de la línea de ficción instaurada por Tomás Moro: las narraciones utópicas suelen comenzar por un viaje más o menos asombroso del protagonista a un país ignoto y prosiguen con la visita guiada por un nativo que muestra su forma de vida, perfecta en sí misma e inaccesible a los individuos contemporáneos del autor de la ficción. Se trata, pues, de una descripción fingida de un estado ideal del que se afirma con frecuencia que existió, o bien existirá, pero en cualquier caso que existe, sin bien en otra esfera de la realidad sensible.

Sigue el ensayo con un repaso bibliográfico e histórico que atribuye a la intención de no llevar a cabo la utopía literaria la contradicción flagrante entre la vida y la obra de sus autores. Nos recuerda Miguel Catalán que en conexión con la tantas veces aducida como poco estudiada *necesidad psicológica* de escribir ficciones, resulta instructivo observar que la mayoría de los creadores de utopías literarias no son escritores de relatos o novelas, sin vehementes reformadores teóricos (humanistas, intelectuales, sacerdotes, políticos) que hacen una excepción en su carrera al utilizar el modo narrativo de escritura. Judit Shklar, nos dice el autor, describe a los utópicos socialistas del XIX como teóricos sociales convertidos en novelistas *amateurs*.

Después de este repaso y reflexión sobre las grandes utopías de todos los tiempos, el autor vuelve a enmarcar las utopías dentro de la literatura de compensación, pero basándose en esta ocasión en la morfología utópica, atendiendo a su contenido. Se distinguen en este ensayo siete características que se analizan con detalle: el aislamiento espacial, el aislamiento temporal, la fundación mítica y el fundamento sagrado, el estaticismo, el racionalismo, la *hierarchia* política y, finalmente, el organicismo social y económico.

Miguel Catalán cierra este primer volumen de pseudología dedicando el séptimo capítulo a la discusión sobre la innovación y transformación de la utopía. Comienza con una interesante cita de David Hume (*Investigación sobre el conocimiento humano*): “Si un via-

jero, al volver de un país lejano, nos trajera información de hombres totalmente distintos de los que hemos tratado, hombres que carecen de avaricia, ambición y deseo de venganza, que no conocen más placer que la amistad, la generosidad del espíritu cívico, inmediatamente reconoceríamos la falsedad de sus afirmaciones a partir de estos hechos y demostraríamos que era un mentiroso, con la misma seguridad que si hubiera llenado su relato de centauros y dragones, milagros y prodigios”.

Con este recordatorio al filósofo escocés, el autor de Seudología aborda el último capítulo confiando en haber mostrado que, a diferencia de quienes la consideraban una garantía de progreso social y un remedio contra el conservadurismo político, la utopía carece de toda función práctica, y, en sentido estricto, teórica, debido a la función psicológica de vía de escape que se ve obligada a desempeñar y, en consecuencia, a los fines emotivos que se ve empujada a satisfacer. Creo que no estoy errada al confirmar que Miguel Catalán mantiene lo mismo que Hume: “la razón es la esclava de nuestras pasiones”, pero resalta algo implícito en Hume: también la mentira lo es.

Raquel Díaz Seijas
Universidade da Coruña
e-mail: <raquel.dseijas@udc.es>